

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XIX



C. S. I. C.
1982
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XIX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1982

S U M A R I O

	<u>Páginas</u>
Dr. D. José Simón Díaz	7
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1981, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9

ESTUDIOS

En la ocasión de un centenario. Madrid recuerda a Ramón de Mesonero Romanos, por <i>Juan Sampelayo</i>	17
El platero Juan de Arfe Villafañe y el inventario de sus bienes, por <i>José Luis Barrio Moya</i>	23
Juan Gómez de Mora en la reconstrucción del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	33
El orbe del Rey y el laberinto de Dios. Madrid, urbe manierista y barroca, por <i>Alícia Cámara Muñoz</i>	49
Algunos pintores (II) y escultores que fueron feligreses de la parroquia madrileña de San Sebastián, por <i>Matías Fernández García</i>	61
El Monasterio cisterciense de Santa María de Valdeiglesias y su fondo documental en el Archivo Histórico Nacional, por <i>M.ª Pilar Corella Suárez</i>	89
El jardín madrileño en el siglo XIX: propuesta y realidad, por <i>Victoria Soto Caba</i> ...	95
Artistas de las reales caballerizas del Palacio Real de Madrid, por <i>M.ª Teresa Jiménez Priego</i>	125
Notas para una historia de la rejería arquitectónica madrileña (I), por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	151
Físicos, químicos, matemáticos y naturalistas. Hombres de ciencia famosos, naturales de Madrid, por <i>J. Álvarez-Sierra</i>	167
El platero francés Nicolás Chameroi, fundidor de la plata madrileña bajo José I, por <i>José Manuel Cruz Valdovinos</i>	179
Las sepulturas de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	195
En torno al autor del primer mapa de Madrid. El testamento de Antonio Marcelli, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	199
Las mujeres en los «Episodios Nacionales», por <i>Amparo Aparisi Laporta</i>	203
El Madrid en tiempos de don Ramón de la Cruz, por <i>Ana Marla Hidalgo Ogayar</i>	241
Jacinto Octavio Picón en la crítica coetánea. Aproximación a un narrador olvidado, por <i>Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo</i>	253

	<u>Páginas</u>
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	269
La Real Posesión de Vista Alegre, residencia de la Reina Doña María Cristina y el Duque de Ríansares, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	283
La Orden Militar de Santiago en la provincia de Madrid en la Baja Edad Media: las encomiendas de la Ribera del Tajo, por <i>Cristina Segura Graño</i>	349
Los Alcaldes de Barrio en el Madrid de Carlos III y Carlos IV, por <i>Pilar Cuesta Pascual</i>	363
Las reformas educativas en el Madrid del siglo XVIII, por <i>Carmen Sánchez Giménez</i> .	391
Judíos de Torrelaguna (Madrid) a fines del siglo XV, por <i>Enrique Cantera Montenegro</i>	427
Toreros que actuaron en Madrid entre 1619 y 1749, por <i>Francisco López Izquierdo</i> .	445
Los aguadores de Madrid, por <i>María del Sol Díaz y Díaz</i>	475
El incendio de la Plaza Mayor de Madrid en 1790 y los sistemas de construcción en la ciudad, por <i>María de los Santos García Felguera</i>	485
La Carrera de San Jerónimo. El cambio de sus funciones urbanas, por <i>José María Sanz García</i>	501
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	541
Usos del suelo y actividades tradicionales en las riberas del Manzanares, por <i>María Teresa Fernández Yuste</i>	563
Prospecciones en La Marañosa. San Martín de la Vega (Madrid), por <i>Magdalena Barril Vicente</i>	581
La Confederación Española de Centros de Estudios Locales en 1981, por <i>Antonio Aparisi</i>	605
Trabajos publicados en «Anales del Instituto de Estudios Madrileños»	615

FISICOS, QUIMICOS, MATEMATICOS Y NATURALISTAS. HOMBRES DE CIENCIA FAMOSOS, NATURALES DE MADRID

Por J. ALVAREZ-SIERRA (†)
Doctor en Ciencias y Medicina

En la segunda mitad del siglo XIX y hasta un poco avanzado el siglo actual, se ha hablado con demasiada ligereza y notoria inexactitud de que los madrileños eran indolentes, poco trabajadores, más dados a las diversiones que a la constancia en las actividades manuales o intelectuales. Historiadores y cronistas así lo hacían constar y el famoso don Pascual Madoz llega a decir en su conocido *Diccionario* lo siguiente: «Los hijos de la coronada villa son de carácter vivo, penetrantes, con ingenio claro y talento precoz, cuyas dotes bien dirigidas llegarían a formar hombres virtuosos y entendidos, con eficacia para las actividades manuales e intelectuales. Pero por desgracia luego se forman un carácter de ligereza e inestabilidad. Así que, brillando por su elegancia, sus finos modales y divertida locuacidad, se les ve permanecer alejados de los grandes puestos y relaciones, dejando el primer lugar en su mismo puesto a los forasteros, que con más paciencia y menos arrogancia vienen a vencerlos sin encontrar gran resistencia de su parte». En este criterio despectivo para el carácter de los madrileños, coinciden algunas veces Mesonero Romanos, Carlos Cambronero, Hilario Peñasco y otros autores.

Pero esto es falso, absolutamente falso. La artesanía madrileña figuró siempre a la cabeza de la más esmerada artesanía y nuestros carpinteros, ebanistas, tipógrafos, encuadernadores, sastres, guarnicioneros, zapateros, etc., fueron siempre apreciados como muy hábiles y competentes en aquellos países donde por motivos circunstanciales alguna vez tuvieron que emigrar.

Respecto a los intelectuales y hombres de ciencia gozaron en las naciones más cultas y adelantadas, de estima y consideración.

Como prueba de que Madrid tuvo entre sus naturales figuras intelectuales de primera categoría, sabios de renombre mundial y auténticos hombres de ciencia, queremos recordar la actuación gloriosa de físicos, matemáticos, químicos, geólogos, geógrafos, botánicos, zoólogos, farmacéuticos y médicos que han pasado a la historia por su labor de investigadores, publicistas y profesores, reconocidos siempre por su saber y juicio crítico en las más prestigiosas Academias y Centros culturales extranjeros.

Lo ocurrido fue que los provincianos cuando venían a Madrid *a pretender*, como se decía en los siglos XVII y XVIII, a buscar una colocación, seguir una carrera o hacer unas oposiciones, lo hacían bien provistos de una carpeta llena de recomendaciones del cacique de su región para los ministros, diputados, personajes influyentes; mientras que los madrileños, como se encontraban en su propia casa actuaban siempre a cuerpo limpio sin preocuparse de influencias ni presiones políticas o amistosas que les facilitasen el triunfo. Así en el siglo pasado pudo darse el caso de que casi todos los cargos públicos destacados venían a manos de personas nacidas fuera de la Villa y Corte. Repasando hace poco en un libro de Velasco Zazo, la lista de los alcaldes de Madrid, hemos podido comprobar que en el siglo XIX sólo raras veces tuvimos la suerte de que nuestros regidores fueran madrileños. En la centuria actual hemos encontrado los nombres de Romanones, Sánchez Toca, Mejorada, Francos Rodríguez, Prast, Silvela, Villabrágima, Vallengano, Marqués de Hoyos, Moreno Torres, Mayalde. Después de este último, llevó con gran acierto el timón de la nave Municipal un excepcional madrileño: el señor Arias Navarro, nacido en el más castizo de los distritos, en pleno barrio de tradición y de leyenda, en la calle de las Taberillas, bautizado nada más y nada menos que en la Iglesia de la Paloma.

Tres científicos que brillaron como representantes y cultivadores de ciencia pura fueron los madrileños Echegaray, Galdo y Chicote. Matemático el primero, naturalista el segundo y químico el tercero.

Siempre que hablo de don José Echegaray recuerdo aquellos versos famosos de Campoamor en su poema *El Tren Expreso*, cuando dice: «Desgraciado de aquel que va derecho a alguna parte y se encuentra una rubia en su camino». Don José Echegaray, doctor en Ciencias e Ingeniero, iba derecho a ser posiblemente el mejor matemático del mundo de su época y premio Nobel de las Ciencias Exactas; pero se tropezó no con una rubia sino con dos rubias: la Literatura y la Política. La Literatura le desvió al teatro y escribió aquellos excepcionales dramas que fueron la delicia de nuestros padres y nuestros abuelos. La política, sirena subyugadora, le obligó ser diputado, senador y ministro varias veces. Ciertamente que Echegaray fue el primer

premio Nobel que se otorgó a un español, pero fue premio Nobel de Literatura. Catedrático de Física matemática en la Universidad de la calle de San Bernardo, donde acudían para escucharle no sólo los alumnos del doctorado que cursaban sus asignaturas, sino también muchos de las secciones de Química, Naturales, abogados, filósofos, escritores y gentes de elevada intelectualidad que se deleitaban con sus disertaciones amenas en que ponía la ciencia de los números al alcance de todas las inteligencias y relacionándola con la biología y la metafísica, o sea el más allá de la Física.

Había nacido el 19 de abril de 1832, en pleno barrio farandulero, cerca de la casa donde murió Cervantes, y de la que fue morada propia de Lope de Vega, que antaño se denominó del Niño y hoy se llama de Quevedo. Su padre era el doctor José Echegaray Lacota, médico del Hospital Provincial, en quien se dio la circunstancia de ingresar en dicho cuerpo facultativo en las mismas oposiciones que los padres de Benavente, Larra y Olózaga.

El 3 de abril de 1864 fue elegido Echegaray académico de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales. No había solicitado tal honor. Puede afirmarse que no lo ambicionaba. Ello no obstante le llenó de legítima alegría porque implicaba el reconocimiento de sus trabajos meritísimos como catedrático de la Escuela de Caminos y en sus diversas actuaciones profesionales. En las Academias se ingresa por dos procedimientos: por la puerta grande del mérito indiscutible o por el postigo del favor mendigado. Echegaray entró por el primer sistema, como a sus méritos correspondía.

Figuraba en primer término su actuación como profesor de la Escuela de Ingenieros; una de sus especialidades maravillosas era la de enseñar las más abstrusas materias con facilidad increíble, dándole al alumno la labor medio hecha, ejerciendo con él de comadrón de ideas para hacerlas emerger en el ánimo estudiantil, propenso a la distracción. Llevaba muchos años de profesorado durante los cuales desempeñó las cátedras de Cálculo diferencial e integral y Mecánica racional e Hidráulica, simultaneando varias cuando convenía a los planes de la Escuela. Además, gran número de Memorias y trabajos en la *Revista de Obras Públicas* y *El Economista* acreditaron su competencia científica. Publicó: *Teorías modernas de la Física*; un *Tratado de variaciones sobre el signo integral*, *Termodinámica*, *Determinantes* y *Teoría moderna de la luz*.

Su discurso de recepción en la Real Academia tuvo por tema, *La Historia de las matemáticas con aplicación en España*, que fue leído en sesión pública y solemne el 11 de marzo de 1865. Otro aspecto del Echegaray científico es su labor divulgadora en periódicos y revistas de España y América durante muchos años.

Yo tengo como recuerdo entrañable para la solemne figura de don José Echegaray dos motivos de gratitud: su amistad fraterna con mi padre y haber apadrinado mi ingreso en la Asociación de Escritores y Artistas de la que él fue Presidente, el año 1908.

Estuve en su casa el día de su muerte, ocurrida el 14 de septiembre de 1916. Al día siguiente acompañamos su cadáver al romántico cipresal del cementerio de San Justo. Por cierto que fui con don Jacinto Benavente, cuyo carruaje le había cedido su hermano el doctor don Avelino.

Otro científico madrileño de excepción fue don Manuel María José de Galdo, naturalista, que tiene una calle en Madrid, la segunda bocacalle entre Preciados y Carmen, cuya placa dice simplemente calle de Galdo, acaso para simplificar lo complicado de su nombre y apellido. Fue el encargado de reorganizar y dirigir el Instituto de Segunda Enseñanza del Noviciado, hoy Cardenal Cisneros. En 1868 fue elegido alcalde de Madrid. Doctor en Ciencias y en Medicina, catedrático de Historia Natural y autor del primer libro de texto de esta asignatura. Académico, Diputado, Senador y Consejero de Instrucción Pública. Tal era su fama y prestigio de sabiduría que fue designado representante oficial de España en la inauguración del Canal de Suez, que tuvo lugar el 17 de noviembre de 1867. Nacido el año 1826, siguió la carrera de Ciencias y Medicina. Presidió la Academia Médico-Quirúrgica, entidad que reorganizó dándola gran prestigio. Persona de extraordinaria popularidad y simpatía, falleció el año de 1893. Su cadáver reposa también en el cementerio de San Justo.

Don César Chicote estaba en posesión de dos mucetas doctorales: Ciencias y Farmacia. Esta última fue la primera carrera que siguió. Hijo de un prestigioso farmacéutico, don Juan Chicote, que tenía su botica en el número 47, hoy 35 de la calle de San Bernardo, nació el año 1863. Después de ser profesor auxiliar de la Facultad de Farmacia, fue designado jefe de sección del Laboratorio Químico de Madrid hasta el 12 de noviembre de 1885, en que fue llamado para dirigir el Laboratorio Municipal de San Sebastián. El año 1898, siendo alcalde de la Villa el Conde de Romanones, el Ayuntamiento tomó el acuerdo de reorganizar el Laboratorio Químico que venía funcionando desde 1877 y pasaría a denominarse Laboratorio Municipal, ensanchando y modernizando sus servicios. Lo primero era nombrar un director que supervisara todos los trabajos que allí se realizasen y unificara las jefaturas de análisis químico y vigilancia de pureza de las aguas de abastecimiento. Anunciado el oportuno concurso en *La Gaceta* del 21 de septiembre de 1898, se presentó don César Chicote, a quien por unanimidad del tribunal calificador le fue adjudicado el cargo.

A partir de su toma de posesión la labor del doctor Chicote fue magnífica como correspondía a un profesor de tan sólida formación como bacteriólogo y químico. Organizó la vacunación antirrábica, resolvió los problemas de urbanismo sanitario, sistematizó los análisis de alimentos, medicamentos y bebidas con arreglo a un sentido de química analítica moderna. Pero su obra cumbre como sanitario fue la que llevó a cabo cuando la grave epidemia de gripe de 1918.

Su mayor triunfo científico que aparece consignado en algunos libros extranjeros y por el cual ha pasado a la Historia de la medicina como uno de los más grandes sanitarios contemporáneos europeos, con universal prestigio, teniendo que incluirse en la lista de los madrileños famosos, fue una lección magistral y práctica de Higiene pública, que hemos visto consignada hace poco en la segunda edición de la obra de Hugo Salter.

Desde hacía mucho tiempo, la viruela era endémica en Madrid; no obstante la profusión de disposiciones que se habían dictado sobre vacunación jennariana: Ordenanzas de la Ley de 1855, Instrucción General del doctor Cortezo y las ampliatorias del doctor Pulido. En 1917 ocurrieron en Madrid con declaración oficial cuatrocientos casos de viruela, seguidos casi todos de defunción. Era Gobernador Civil don Leopoldo Romeo, antiguo periodista, director de *La Correspondencia de España*. Pocos meses antes habían nombrado jefe de servicios sanitarios municipales al doctor Chicote, no sin cierta protesta de los médicos, al ver que llevaban para cargo de tanta responsabilidad a un farmacéutico, si bien coincidían en él, las circunstancias de ser jefe de los servicios del Laboratorio Municipal y doctor en Ciencias. Asustado el Gobernador por aquellas cifras de viruela, cuya gravedad hizo resaltar Chicote, le pidió trazase un plan de intensa profilaxis y le confió amplios poderes para desarrollarlos. Puestos de acuerdo la Provincia y el Municipio, se dio un plazo de tres meses para que se vacunasen todos los madrileños y cuantos forasteros llegasen a la Villa. Se establecieron equipos de vacunación en Casas de Socorro, estaciones de ferrocarril, policlínicas, hospitales, laboratorios, etc. Se fabricó y se trajo virus en abundancia y como complemento se dictó órdenes draconianas inexcusables. El que no presentara el correspondiente certificado podía ser conducido a un puesto de vacunación donde se le vacunase. En la calle, en los cafés, en las oficinas, comercios, etc., un servicio policíaco especial estaba autorizado para pedir a toda clase de personas, la certificación o que mostrase las señales de la pústula vacinal. El contraventor tenía que pagar una multa o varios días de detención.

Todavía algunos recuerdan el revuelo que se produjo; los comentarios de las gentes; los chistes graciosos, cuplés zarzueleros, etc. Pero se impuso el buen sentido y como además la gripe empezaba a difundirse, nadie protestó y la Prensa diaria cooperó al éxito de la campaña.

Y ahora viene la lección ex cátedra del doctor Chicote. Al año siguiente, o sea en 1918, pues en 1917 fue el de la vacunación colectiva, no hubo un solo caso de viruela.

Para los que dudan de las campañas sanitarias; para los que se ríen de los peligros que señalamos frecuentemente en materia de contagios; para los que excépticos y displicentes llaman «cosas de médicos» a la práctica de profilaxis privada y pública, les brindamos esta lección de higiene.

Abrumado más que por dolencias físicas por tristezas e ingratitudes, falleció el 7 de mayo de 1950, en el barrio más típico de la ciudad que le vio nacer, en la calle de Ciudad Rodrigo, junto a la Plaza Mayor.

La tradición de científicos famosos nacidos en Madrid es muy antigua. Así, Hernández Morejón y Jourdan hablan de un Mohamadis Jebth que nació en el siglo XIII y que ordenó varios tratados de Astrología, Geometría, Astronomía, Dioptrometría y Terrametria. Colaboró con el geógrafo Geraldini y con el matemático Moslama-ben-Ahmed en alguna de sus publicaciones, sobre todo de Astronomía descriptiva y un libro de Astrología, de que es autor el segundo, y en el Cuadrante Astronómico y Cuadrante de los paralelos, escrito por el primero.

Tenemos también un Gerónimo de la Fuente, que vivió en la primera mitad del siglo XVII. Boticario del Rey, elogiado por Lope de Vega en una poesía que empieza diciendo:

«Pero venid Parnasides hermanas
y adorad de este Gerónimo la fuente
que con tan claro ingenio y tan fecundo
pintó la infancia al mundo
de nuestra vida prólogo eminente...»

Aquellos tiempos en que la Química aún tenía algo de brujería y misterio nigromántico, el doctor La Fuente dio a sus trabajos sobre esta materia un sentido de rigorismo científico.

Ya que hablamos de farmacia y química tenemos que señalar los nombres de varios profesores ilustres del siglo XIX. Tales son don Gabriel de la Puerta, nacido el 1 de junio de 1806. Empezó siendo profesor auxiliar, explicando luego Química inorgánica, y autor de un tratado que ha sido uno de los más completos del siglo. Ingresó en la Real Academia de Medicina

leyendo un discurso sobre «Influencia de las plantas en la salud pública». Perteneció también a la Real de Ciencias, al Consejo de Instrucción Pública y fue diputado y senador. Escribió además del tratado de Química inorgánica otro de Química orgánica y una Botánica descriptiva. También muy elogiada su obra *Las Ciencias Físicas-Naturales en su historia, en sus relaciones con la Filosofía, en sus métodos de estudio y en su tradición moderna*.

Don Juan Ramón Gómez Pamo, ejerció la profesión en una acreditada botica que fundó en la calle de Santa Isabel. Ingresó como catedrático auxiliar, pasando después a profesor supernumerario. Desempeñó la cátedra de Mineralogía y Zoología aplicada a la Farmacia, que se cursaba en el primer año. Más tarde explicó Materia farmacéutica vegetal, distinguiéndose en ambas disciplinas como gran maestro. A Gómez Pamo se debe la introducción en España de la histología vegetal en los estudios de Materia farmacéutica, para lo que además de sus trabajos de laboratorio, dibujó magníficas láminas. Su nieto fue el caricaturista Fresno.

Don Joaquín Olmedilla y Puig, profesor de extraordinaria erudición, brilló igualmente en las Ciencias y en las Letras, había nacido en 1843, y cursó las carreras de Farmacia, Medicina y Ciencias físico-naturales. En 1868 ganó por oposición plaza de ayudante de la Escuela de Farmacia, y en 1878, catedrático supernumerario, explicando cursos de Higiene y Farmacia práctica. El 23 de marzo de 1890 ingresó en la Real Academia de Medicina, leyendo un discurso titulado «Consideraciones histórico-críticas acerca de la ciencia de los medicamentos en el siglo XVII, con relación a la época actual». Poco después en la Academia de la Historia ingresó y fue consejero de Sanidad del Reino; miembro de las Sociedades Económicas de Madrid, Cádiz y Zaragoza. Estaba en posesión de la Cruz de Isabel la Católica.

El doctor Olmedilla fue autor de gran número de obras; entre ellas, las tituladas: *Estudio químico-farmacéutico de los agentes anestésicos*, *Historia general de los desinfectantes*, *Compendio de Química inorgánica y Nociones de orgánica*, *Traducción de la Química usual con aplicación a la Agricultura y a las Artes*, de Stokhardt; *Manual del estudiante de Farmacia*, *Estudio analítico de las manganesas*, *Higiene privada y pública*, *Historia del agua considerada como bebida*, *Elogio histórico del naturalista don Fernando Amor* y las biografías de Hernández Morejón, Charlone, Berzelius, etc.

Falleció el 15 de marzo de 1914.

Don Laureano Calderón y Arana simultaneó en Madrid las carreras de Ciencias y Farmacia. Profesor auxiliar de la Universidad Central, ganó la cátedra de Química orgánica de Santiago. Por motivos políticos se vio obligado a marchar a Francia, donde trabajó con Berhelot y con Groth. A su re-

greso a España fue nombrado catedrático de Química biológica y de Historia de la Farmacia. A él se debió el primer análisis de las lágrimas, y dejó muy adelantada su obra sobre los explosivos, para la que terminó un estudio originalísimo de la composición de la nitroglicerina. Escribió y publicó en francés y alemán la mayor parte de sus trabajos. En francés su estudio de las resorcinas; en alemán, los de cristalografía. Formó parte de la Comisión internacional para la reforma de la nomenclatura química, y presidió el Congreso que se celebró en París en 1872. Desempeñó la cátedra de Química biológica hasta muerte, ocurrida el 9 de marzo de 1894.

Otro farmacéutico madrileño famoso y popular fue don Ramón Labiaga Suárez, que tenía su oficina en la calle de Calatrava, n.º 10, donde había nacido el año 1844, hijo de otro farmacéutico, don Ramón Labiaga Guinea, también madrileño. El doctor Labiaga Suárez unió a su gran cultura un carácter expansivo y afectuoso que daba por completo su corazón a todos sus amigos y conocidos. El buen humor, lo entretenido de su charla y la fina gracia con que salpicaba sus ocurrencias chistes le hicieron célebre en todo Madrid, siendo íntimo de grandes figuras de la literatura, la ciencia, el arte y hasta la tauromaquia. Fue tertulio de políticos como Silvela y Villaverde, y de toreros como Frascuelo y Lagartijo; a la vez que estrechaba la mano de muchos arrieros y traguinantes que venían de Parla o de Esquivias por la carretera de Toledo y que sólo compraban las medicinas si se las despachaba el propio don Ramón.

La fama de este farmacéutico está ligada a un hecho anecdótico e histórico. En su rebotica hacían tertulia grandes escritores como Eusebio Blusa, Mariano de Cavia, Benavente, Manuel del Palacio, Andrés Mellado y, sobre todo, Ricardo de la Vega, quien se inspiró en los tipos que por allí desfilaron para los personajes de la «Verbena de la Paloma». Se ha llegado a decir que el don Hilarión pudo ser don Ramón, pero esto es incierto, pues murió joven, y si bien era algo bohemio, alegre y dicharachero, no era mujeriego.

Por un complejo de determinismos, se da la circunstancia de que Madrid fue cuna de un selecto grupo de grandes naturalistas, entre ellos el insigne don Ignacio Bolívar, director del Museo de Historia Natural durante muchos años y catedrático de Zoografía de articulados, conceptuado como el mejor entomólogo de Europa. Nació el año de 1850 y falleció en 1928; don José Rioja Martín, primer director de la estación de Biología marítima de Santander y catedrático de Zoografía de animales inferiores y moluscos, nacido el año 1866; don Luis Lozano Rey, que nace en 1879, ingresa en el profesorado en 1911 para desempeñar la cátedra de Zoografía de vertebrados, ictio-

logo de prestigio universal; don Eduardo Hernández Pacheco, el primer profesor cuando se creó la cátedra de Geología geognóstica y extratigráfica, que nació en 1872 y muere en 1930.

También es matritense el destacado botánico, doctor en Farmacia y Ciencias Naturales don Blas Lázaro e Ibiza, que nació en 1858 y murió en 1921.

Es necesario también citar a un mineralogista y a un excepcional cristalógrafo: don Salvador Calderón y don Lucas Fernández Navarro, que fueron maestros míos en el primero y segundo curso de la Carrera de Ciencias.

No llegué a conocer a los doctores Martín de Argenta, autor de los primeros textos de Física experimental, que nace en 1829 y fallece en 1887, catedrático y académico; Vicente Vera, profesor del Instituto de San Isidro y gran periodista, redactor de *El Imparcial*; Torres Muñoz de Luna, que viene al mundo en 1822, que se doctora en París, practica en Alemania con el sabio químico Liebig y fue el primer catedrático en la Universidad de Madrid de Química general, autor de un tratado de esta asignatura y de otros varios: *Guía del químico práctico*, *Cartas sobre importancia de la Química*, *Estadística química de los seres organizados* y *Química en sus aplicaciones a la agricultura*. Este último premiado por la Academia de Ciencias de París el año 1852.

Sí conocí, cuando empecé a cursar el bachillerato a don Manuel Merelo y Calvo, ingeniero, abogado y doctor en Ciencias, que si bien murió el año que empezaba el siglo actual siendo catedrático de Historia del Instituto del Cardenal Cisneros, había ingresado en el profesorado explicando Matemáticas en el Instituto de Jaén y luego Física en Málaga. Este don Manuel Merelo fue representante de España en el Congreso Internacional de Laussane de 1860. Son sus nietos las conocidas figuras don Raimundo y don Nemesio Fernández Cuesta. Traté y me enorgullezco de haber conversado con él muchas veces al gran antropólogo don Luis de Hoyos Sainz, que nació el año 1868; fue presidente de la Sociedad Española de Historia Natural y de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria, autor en unión de Aranzadi del primer libro escrito en España sobre Antropología.

Geógrafos y Cartógrafos fueron don Juan López de Vargas, bautizado en la Parroquia de Santa Cruz el 13 de enero de 1765; don Martín Ferreiros, que nace en 1830 y muere en 1896, y que al fundarse la Sociedad Geográfica de Madrid, fue su primer secretario. Levantó la triangulación geodésica desde Granada a Madrid; don Félix Sánchez Casado, catedrático del Instituto de San Isidro, que nace en 1836 y falleció en 1896. Autor de uno de los textos más leídos en toda España sobre Geografía Universal.

Cartógrafo y gran matemático fue don Acisclo Vallín y Bustillo, catedrático y director del Antiguo Instituto del Noviciado, instalado en la Universidad, y que con su gran influencia política logró el año 1877 se denominara del Cardenal Cisneros, construyendo su actual edificio en la calle de los Reyes. Académico de Ciencias Exactas, Consejero de Instrucción Pública, varias veces quisieron hacerle ministro, pero siempre rehusó. Dejó publicados textos magníficos de matemáticas y unos atlas de mapas de Geografía que fueron calurosamente elogiados y motivo de una condecoración especial para su autor.

Entre los hombres científicos nacidos en Madrid existe un gran número de médicos famosos. Ello es lógico, pues todo el mundo necesita de la competencia del saber médico, uno de los más trascendentales de todos los saberes. Los primeros facultativos de nuestra Villa fueron árabes y judíos. Quiero empezar refiriéndome a los anatómicos, cultivadores de la rama más fundamental de la ciencia de curar. Tengo que referirme a Martín Martínez, el primer anatómico famoso, autor de un gran libro sobre la materia y que brilló en el siglo XVIII; en el XIX y XX: Fourquet, Calleja, Castro y Julián de la Villa. En el doctor Fourquet, catedrático de Disección y de Anatomía descriptiva en el Colegio de San Carlos, debemos señalar dos episodios interesantes. Era hijo de un militar francés que llegó poco antes de la venida a España de Napoleón. Se enamoró de una madrileña garbosa, extraordinariamente guapa, maja castiza del barrio de Lavapiés, y de su matrimonio nació el luego famoso médico. Era tan excepcional buena persona, tan correcto, caballeroso y digno el porte de Fourquet, que todo el mundo le estimaba y en los días trágicos de la guerra y después, nadie le persiguió; quedándose para siempre entre nosotros. Digamos en honor a la verdad que murió pronto; pues quién sabe si con todas las luchas y rencores, secuela de aquella contienda, hubiesen podido surgir complicaciones y enemistades. Otro episodio curioso del anatómico doctor Fourquet, es que cuando murió el día 14 de julio de 1865, dispuso en su testamento que se le enterrara en la fosa común del cementerio General del Norte, que estaba al final de la calle de Fuencarral, en lo que hoy es calle de Arapiles. Al dar cumplimiento a su disposición testamentaria, llevaron el cadáver en lujoso ataúd y aun cuando todavía existía la costumbre de llevar los muertos a hombros, también empezaban a utilizarse carrozas fúnebres suntuosas, arrastradas por seis u ocho caballos. Así trasladaron al doctor Fourquet, pero previamente habían llevado sus discípulos dos grandes carretas llenas de flores, principalmente rosas y claveles. En el lugar de la fosa común donde los sepultureros indicaron había de caer el cuerpo sin ataúd y envuelto en una sábana, prepararon

un lecho con las flores, y encima del cadáver arrojaron más, hasta cubrirle para que la tierra parda y gris del camposanto no le tocara.

Los tres primeros especialistas de piel españoles fueron los madrileños Olavide, Bombín y Azúa. Cirujanos, los doctores Ustariz, que siendo decano del Hospital de la Princesa, practica la primera transfusión; pero lo curioso es que la hizo con su propia sangre, para lo cual mandó que le sangraran previamente. Como era hombre alto, fuerte, congestivo, tenía sangre de sobra. Don Enrique Isla fue otro cirujano que tuvo un éxito resonante en Bayona con motivo de una grave cogida de Frascuelo a quien los médicos franceses querían amputarle una pierna. Otros cirujanos matritenses fueron don Juan Bravo, don Antonio Martínez Angel y don Ramón Jiménez.

Respecto a los internistas, médicos generales, la lista es muy larga: catedráticos como Alonso Sañudo, Sánchez Ocaña, García del Real, Marqués del Busto, Mariani y Grinda, este último médico de confianza de Alfonso XIII, de la Reina Cristina y la Reina Victoria. El organizador de los Sanatorios marítimos infantiles fue el doctor Tolosa Latour, con quien colaboró don Avelino Benavente, hermano de nuestro Premio Nobel.

No hablo de tres figuras cumbres de nuestros días: Marañón, Blanco Soler y Jiménez Díaz, que fundaron las especialidades de Endocrinología, Geriatria y Alergología, respectivamente, pues su actuación es muy reciente y corresponde a los tiempos actuales y han desaparecido en esta segunda mitad del siglo xx.

Por lo general todos los médicos madrileños famosos fueron buenos escritores, publicando libros, artículos y monografías, demostrando cumplidamente ser tan doctos en el mundo de las letras como en el de las ciencias.